

¿VENEZUELA MODERNA?

El siglo XX venezolano puede ser entendido como un gran esfuerzo colectivo por la modernización del país, concebida desde dentro de procesos sociales e ideológicos muy diversos. A fines del siglo ya, el país se siente sin proyecto pero conserva lo esencial de aquel objetivo primero que animó a los positivistas criollos: Venezuela moderna; junto con la duda de si podremos alcanzarlo alguna vez. Este artículo presenta un esquema interpretativo de la relación cultural entre Venezuela y la modernidad. En él no pretendemos exhaustividad, sino predominancia social de los fenómenos descritos sobre sus contradictorios, que también se dan.

¿DE QUIEN HABLAMOS?

Conviene advertir primero que no se va a tratar aquí de la «Venezuela no moderna, premoderna o tradicional» como si ésa fuera una, aparte de otra presunta «Venezuela moderna», de la que se distinguiría posiblemente por consideraciones de clase social, acceso a la tecnología o de grado de urbanización. Pensamos más bien que puede hablarse en términos generales de una matriz cultural común, no moderna, conformadora de la vida en toda Venezuela, dentro de la cual se encuentra una unidad fundamental, aunque quepan muchas diferencias de matiz. Esas diferencias además cabría hacerlas entre lo urbano y lo rural, las diversas regiones, las procedencias culturales, etc., de tal manera que ha de evitarse cualquier esquema dual. Especialmente, aquel tan tentador para nuestra burguesía, que opone la «civilización moderna» de las urbanizaciones a la «barbarie caótica» de los barrios.

DEFINICION MINIMA DE MODERNIDAD

La palabra 'modernidad' resulta ambigua por la gran cantidad de rasgos que siglos de historia han acumulado sobre ella. En Venezuela, las diversas corrientes modernizadoras han hecho también complejo al término. Sin embargo, aquí vamos a caracterizarlo sólo por tres rasgos fundamentales de la Ilustración, que han sido especialmente significativos para nosotros. Pensamos que esos rasgos son los que las sociedades desarrolladas siguen deseando consistentemente de la modernidad. Dibujan una «modernidad mínima vigente», que en estos tiempos en que muchos otros rasgos del imaginario moderno son cuestionados o abandonados, permanecen presentes en lo que muchos pueblos quieren hacer de sí mismos.

Modernidad es, en términos generales, «vivir según la razón», una razón que se supone universal, punto de contacto por excelencia entre todos los hombres. La realización cultural de esa primera definición a que nos vamos a referir pue-

de centrarse en tres rasgos:

- Una voluntad de dominio transformador sobre la naturaleza, plasmada en la ciencia natural positiva y la tecnología derivada de ella. El espacio y el tiempo se matematizan y universalizan, lo natural es capitalizado dentro de un sistema industrial. La realización social del hombre acontece principalmente en el trabajo y su producto, obra suya que cuantifica, se apropia y comercia.
- Una ética universal con base en la racionalidad común a todos los hombres. Puede tratarse de una ética mínima, que sólo contempla los aspectos estrictamente precisos para la convivencia en sociedad, sin pretender ir más allá hacia la determinación universal de lo bueno o lo malo en «la vida privada». Así es experimentada con frecuencia en las sociedades posindustriales.
- La convivencia social es regida tanto en lo económico como en lo político por un sistema de reglas abstractas, que se aplican sin más consideraciones particulares de las que las mismas reglas contemplan en universal. Tales normas —las leyes, las reglas de juego de los mercados— son establecidas por procedimientos de negociación social y conservadas por mecanismos judiciales abstractos.

Estos tres rasgos se encuentran íntimamente conectados. Sólo sobre una ética universal —aun restringida en los ámbitos de la vida que abarca— es posible establecer la convivencia abstracta que provee un orden social garante del mayor dominio sobre la naturaleza, en la que se incluye lo irracional de la naturaleza humana. En ese dominio sobre lo natural se valida la eficiencia del sistema dentro del sistema mismo, o sea, la modernidad ilustrada mide en él su éxito.

LA MODERNIDAD NOS ALCANZA

Es habitual reconocer tres raíces étnico-culturales que se unen en el mestizaje del pueblo venezolano: la española —andaluza y extremeña principalmente—; las indígenas —caribe y andina, muy distintas— y las negras —diver-

Raúl González Fabre

La modernidad no nos es propia como pueblo, pero tampoco nos es externa

sas también—. Esas tres raíces tienen en común corresponder a culturas tradicionales, no sólo anteriores a las modernas, sino bien diferentes a aquellas otras en que se gestó la modernidad. En paralelo con los rasgos de la modernidad mínima que señalamos arriba, pueden mencionarse estos otros rasgos de las culturas venezolanas:

- Comprensión de la relación con la naturaleza distinta al dominio transformador. Esa relación se hace personal en los animismos indígenas, africanos y españoles. Para ellos, la naturaleza es alguien, no un objeto, mientras que las cosas se poseen, como mucho, para enriquecerse con ellas y para compartirlas, pero no para acumularlas y reproducirlas. La realización del hombre acontece sobre todo en el disfrute de ser y festejar.
- Éticas particulares, de acuerdo a una distribución social estamental que vincula a cada persona con su lugar social de nacimiento y le prescribe deberes de acuerdo a él. La pertenencia a un grupo social define éticamente a la persona. Las expectativas sociales sobre las conductas de las personas varían según esa ubicación.
- Reglas no abstractas para la convivencia social. Tienen prioridad las conexiones personales y la pertenencia a grupos primarios, en los que el conocimiento personal resulta decisivo para la interacción. La sociedad funciona a través de redes de relaciones primarias.

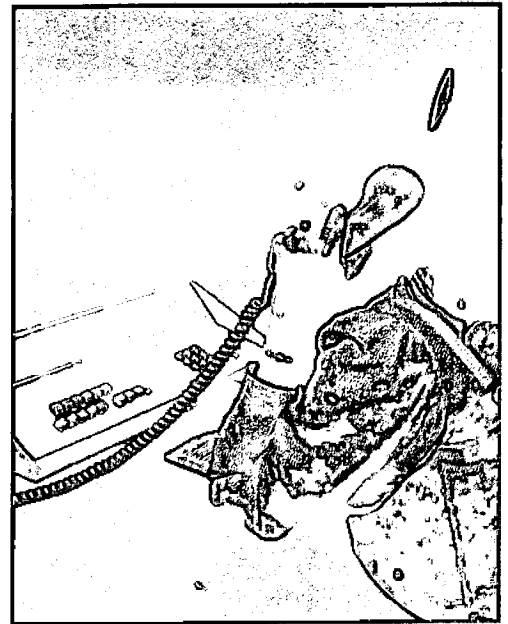
La modernidad es una creación cultural de franceses, ingleses y alemanes, principalmente. Puesto que nuestras culturas poseían desde un comienzo rasgos contradictorios con la modernidad, su influencia entre nosotros ha de deberse a un “ser alcanzados” por ella. No se trata de un acontecimiento que pueda situarse en un momento del tiempo, sino que, al contrario, constituye un proceso que atraviesa nuestra historia hasta el punto de llegar a consustanciarse con ella, y convertir a la historia de nuestros contactos con la modernidad en “la Historia de Venezuela”. Recordemos algunos lugares

históricos de ese ser alcanzados:

- La economía agrícola semi-racionalizada que propició la Compañía Guipuzcoana al calor del despotismo ilustrado de los Borbones.
- La ideología de los libertadores, que liberaron a la patria para hacerla moderna, considerando a la monarquía española obstáculo irreconciliable con la modernidad.
- El positivismo ideológico de finales del s. XIX y la primera mitad del s. XX, con su influencia en el sistema académico.
- La formalización de un Estado moderno iniciada en el s. XIX y realizada en su aparato en la primera mitad del s. XX.
- La inserción del país en la economía global petrolera, y la expansión interna de ésta hacia el resto de la actividad económica.
- Los programas modernizadores en lo político, lo económico y lo cultural, de AD, Copei y el PCV.
- La propuesta moralizadora y política de la Iglesia católica institucional en el siglo XX.
- La aparición de bienes de consumo masivo producto de la modernidad exterior.
- La vinculación a las redes comunicacionales globales.

La participación de los distintos grupos sociales en estos acontecimientos determina un calado muy diverso de la modernidad en ellos, además de un aprovechamiento muy diverso de sus beneficios, y una utilización ideológica muy diversa. Sin embargo, sostenemos que ese calado sólo en muy pequeños grupos de la élite tecnocrática ha conformado un sujeto propiamente moderno, identifica-

Sólo en muy pequeños grupos de la élite tecnocrática encontramos un sujeto propiamente moderno



do con los tres rasgos de nuestra “modernidad mínima”, mientras que en todos los demás grupos sociales del país, desde los marginales a los más poderosos, subyace decisivo el conflicto entre la modernidad y las actitudes derivadas de las culturas tradicionales.

LA SUERTE DE LA MODERNIDAD EN VENEZUELA

La modernidad no nos es propia como pueblo, pero tampoco nos es externa. Nos alcanza y se instala dentro de nosotros. Le damos un lugar, pero no el que pretende, no el funcionalmente preciso para su éxito: la colocamos en nuestros deseos y aspiraciones materiales, también en el deber-ser que nos recitamos a nosotros mismos cuando es preciso hablar de progreso, moral y civilidad. Pero en vano se la buscará dominando la trama de nuestra cotidianidad, en las espontaneidades con las que tejemos lo que realmente somos, el país que hacemos. ¿Dónde está entonces la modernidad venezolana? Podemos encontrarla en muchos lugares, por ejemplo:

- La modernidad está entre nosotros como deseo de sus bienes materiales, tanto de infraestructura como de consumo —que los comercios importan, la publicidad introduce y los pudientes exhiben—. Levantan una necesidad intensa.
- Se encuentra también en la retórica republicana, reforzada por la Iglesia, otra institución de moral universal, que no logra volver abstractas las conductas

El resultado de nuestro proceso cultural ha de ser un país en tensión profunda

ciudadanas ni universal la moral personal, pero consigue que haya mala conciencia al respecto.

- La ponemos en nuestro sistema educativo, a nivel de sus programas, concepciones operacionales, formalidades cívicas, etc. Los libros de texto enseñan una modernidad con la que nuestras maestras mal saben qué hacer.
- Tenemos a la modernidad en la misma Independencia, en nuestro «contrato» como nación, pero sabemos que no se encuentra en nuestra partida de nacimiento como pueblo. Bolívar es el símbolo de que la independencia está a medio cumplir mientras no se haga la modernidad.
- Se encuentra en el igualitarismo y el rechazo de las discriminaciones estamentales: raza, sexo, religión.
- La ponemos en la letra de nuestra ley y en nuestras instituciones, en la estructura política que declaramos poseer y en la fachada del país que hemos querido construir.
- Está como conciencia comparativa del bajo nivel de orden social alcanzado en Venezuela, y en el deseo de un nivel mayor, semejante al de los países europeos y norteamericanos con los que nos medimos.
- Y también la usamos como sistema de valores para el juicio moralista de otros a partir de la experiencia de las crecientes disfuncionalidades de nuestra sociedad. Una sesión de programas radiofónicos participativos podría engañar a cualquier observador no avisado acerca de la vigencia de una moral cívica moderna entre nosotros.

Como no podía ser menos, en el largo proceso de alcanzarnos, la modernidad ha entrado en contradicción con las culturas tradicionales venezolanas y ha perdido una tras otra las batallas, sin retirarse por ello del terreno:

- El espacio y el tiempo permanecen subjetivos en medida suficiente para dificultar la convivencia urbana, la eficiencia de las instituciones, la organización social... Sólo bajo coacción consiguen universalizarse en el lugar de trabajo, y aun así con una rotación elevada de

las personas en los puestos.

- El dominio de la naturaleza que poseemos permanece muy por debajo de nuestras expectativas, al tiempo que todavía algo por encima de lo que somos capaces de producir, si excluimos la renta petrolera.
- Las conductas no son afectadas por la universalización de la moral en campos esenciales para la convivencia ciudadana. Sostenemos un particularismo moral intenso que privilegia a los grupos primarios de pertenencia, en particular a los relacionados con la madre o de figura materna. De tal forma que la gravedad de las faltas morales no se siente por el daño que hacen, sino por a quién se hace el daño. Desde criterios modernos, ésta sería calificada como una eticidad adolescente —aunque, es obvio, las culturas tradicionales tienen sus propios criterios de madurez—.
- Como resultado, vivimos relaciones políticas no abstractas, invadidas por la pertenencia a grupos primarios. En nuestro universo mental de “tribus”, no tiene sentido la constitución del espacio abstracto de lo público. Ante una dificultad en que pueda esperarse intervención estatal, nadie se pregunta «¿qué ley me ampara?», sino «¿a quién conozco allí?». Sobre este molde se vacían aun los partidos modernizadores y la acción de gobierno.
- Los mecanismos sociales de modernización —el Estado y la educación, por mencionar los dos clásicos— son desarticulados desde dentro como tales por las culturas tradicionales. Operan exteriormente, pero son continuamente contradichos por la experiencia de la familia y los grupos primarios, que invaden toda otra experiencia y la asimilan a sí.
- Permanecen las expectativas de prosperidad centradas en la ubicación social y la cercanía al poder, y no en mecanismos abstractos como los del mercado. Se trata de un fenómeno reforzado y hecho pacífico por la renta petrolera, pero de origen muy anterior. Por causa de él, no ha cobrado aún sentido

correr riesgo ni realizar una acumulación capitalista privada que requiere aplazamiento de satisfacciones para reproducir riqueza. Tampoco resulta particularmente interesante aplicar trabajo. El empleo representa a menudo sólo una posición de seguridad para participar en distribuciones poco y mal relacionadas con el producto.

Un resultado observable de esta colisión entre modernidad y culturas tradicionales en Venezuela, es la dificultad enorme para producir cualquier orden político o económico, macro o micro, que no venga mediado por relaciones personales primarias. Ello implica que abordar los problemas a través de esquemas modernos resulta a menudo penoso e ineficiente en nuestro medio. Podríamos pensar en prescindir de esos esquemas y crear los nuestros propios a partir de las relaciones primarias que ya vivimos. Esto, concebible en pequeña escala, es más difícil de sostener cuando se trata de la convivencia de millones de personas. Para muchos problemas no parece haber más soluciones que las modernas, esas soluciones que fácilmente reconocemos y con tanta dificultad realizamos socialmente.

VENEZUELA EN TENSION

Nuestro proceso cultural consiste, según hemos señalado, en ser alcanzados por una modernidad ajena, aceptar los fines que nos propone en nuestros deseos materiales y en nuestros criterios de valoración, pero sin asumir los medios correspondientes en nuestras conductas, dejando que en el terreno de las realidades, nuestros reflejos tradicionales la derroten cada día... El resultado de todo ello ha de ser un país en tensión profunda:

- Entre lo que queremos poseer y lo que somos capaces de producir con nuestro nivel de orden económico y tecnológico. Se manifiesta como dependencia rentista y desencanto popular con un sistema que lleva a desear lo que no puede proveer.
- Entre los modos de producción que exige la competitividad y nuestra manera de relacionarnos socialmente y

Nuestra sociedad no es funcional: se marca unos objetivos y se impide a sí misma alcanzarlos

con el trabajo, con nuestra obra. Se muestra en la baja productividad, la aceptación de ficciones de respuesta a los problemas, la subjetivización de los resultados.

- Entre la ética universal que empleamos para otros y las particulares que norman nuestra conducta. Esta doble moral introduce una confusión valorativa. Distraer un objeto público a favor del grupo de pertenencia propio constituye una grave corrupción en el sistema moral moderno, mientras que puede entenderse como un acto de virtud por una persona que no percibe el ámbito abstracto de lo público, y siente que se debe a los ámbitos primarios en los que participa. Entre nosotros, se dan ambas valoraciones a la vez: El acto se realiza con cierta mala conciencia de transgresión, pero claramente no es experimentado como antisocial, sino al contrario.
- Entre la necesidad de prever las conductas de otros y la dificultad para hacerlo. La universalidad ética posee una función importante en las sociedades modernas: hacer previsible las conductas de los demás. Ello resulta fundamental para el desempeño de los sistemas abstractos, tanto políticos como económicos. Entre nosotros, las conductas dependen en mayor medida de las vinculaciones a sistemas de relaciones primarias, muy diferentes de persona a persona. Cuando el número de sujetos involucrados en un ámbito de convivencia es suficientemente grande, conductas así se hacen mutuamente imprevisibles, a falta de una clave universal. Pero precisamente entonces, cuando no podemos conocer a todos, es cuando más precisa resulta la posibilidad de prever lo que harán.
- Entre la ley abstracta y la práctica política, no sólo del Estado sino también de la sociedad civil. Poseemos un bajo nivel de organización moderna. Nos organizamos frecuentemente a partir de la predominancia de las relaciones primarias, en un tiempo en que el número de personas involucradas ya no permite que éstas sean operativas en lo macrosocial. No se trata de que no haya

ley; es que la ley es otra distinta a la escrita en los códigos y reglamentos. Viene provista por ese tejido de relaciones primarias que subyace a nuestra convivencia. Saber navegar por tales relaciones es la condición de éxito de los proyectos personales o colectivos entre nosotros.

- Entre los ricos-bien situados y los pobres-mal situados. Donde la prosperidad de cada cual viene determinada por su situación en una red de relaciones primarias, el resultado no puede ser más que una enorme desigualdad de oportunidades, una injusticia realmente estructural. Lo característico de esta tensión en Venezuela es que todos, aun los marginados, consideran a la posición en una red de relaciones primarias como la clave propia de la vida social: Nadie quiere un mundo en que no pueda apoyarse en sus amigos.
- Entre el ideal de país y la realidad de país. Entre nuestros modelos exteriores de modernidad (USA, Europa) y nuestra realidad. Un resultado es la célebre baja autoestima.
- Entre las formas nuevas de marginación económica y las tradicionales de marginación estamental. Entre la necesidad de lo público para acabar con la nueva marginalidad y la imposibilidad de lo público.
- Entre los escasos grupos modernizadores que son realmente modernos y el resto de la población con la que no pueden entenderse. Por lo general tales grupos han tomado la modernidad personalmente de afuera, ya por provenir de familias extranjeras, ya por haber estudiado en el exterior. Estas minúsculas élites modernizadoras—que no son las élites del poder sino sólo parte de las del saber—, se encuentran alienadas respecto al resto del país, al que en general desprecian por su falta de modernidad, y que les rechaza como algo ajeno. No es raro que vivan con la puerta abierta para emigrar al exterior cuando sus proyectos aquí no caminan.

En síntesis, puede sostenerse que nuestra sociedad no es funcional: se marca

unos objetivos y se impide a sí misma alcanzarlos. Esos objetivos no le son exteriores, pero tampoco tan interiores como sus impedimentos. No consigue construir un orden moderno en política y en economía, ni puede reconstruir el orden tradicional hasta resolver en él los conflictos de una sociedad urbana y compleja.

Necesitamos más dominio sobre la naturaleza y más orden social del que hemos mostrado saber producir colectivamente. Cuando ya no podemos comprar la diferencia con renta petrolera, se nos desbordan los conflictos entre las manos, y hasta las reglas tradicionales empiezan a disolverse. Es la anomia, cuyos frutos amargos llevamos años viendo madurar entre nosotros.

CONCLUSION

Atravesada por las tensiones que se han descrito arriba, Venezuela sigue deseando resolverlas en una figura de modernidad. En qué medida y a qué precio pueda ocurrir ello es lo que se juega al elegir un nuevo camino de modernización.

La crisis venezolana es en buena parte resultado de esta encrucijada cultural, que se ha complicado durante las últimas décadas. La inviabilidad de nuestro modelo actual de relaciones sociales ejerce una fuerza coactiva sobre todos nosotros que, si sabemos darle cauce, puede concluir en una síntesis cultural operativa entre nuestros rasgos tradicionales y nuestras aspiraciones modernas. El fracaso en encontrar ese cauce se contará en violencia y muerte, en generaciones sin horizonte y en tiempo histórico perdido para Venezuela. Por eso, en este asunto no podemos medirnos más que por resultados. □

Raúl González Fabre es miembro del Centro Gumilla

En este asunto no podemos medirnos más que por resultados
